

# CARNAVAL EN TIEMPO SAGRADO

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

## I

En la mañana de Jueves Santo, conforme el viajero va acercándose a Moratalla, (Murcia) (1), por la carretera de Caravaca, cuando su estampa de pueblo medieval aparece sobre un cerro en el que se ordena el caserío dominado por un castillo, y todavía median varios kilómetros, un ruido sordo y bronco, monocorde, parece dominar el paisaje, para, más adelante, ya en el pueblo, al entrar por sus primeras calles, que pronto marcarán el camino hecho de cuestas que conduce a la plaza, llegar a hacerse dominante y opresivo. Después, a la vuelta de una esquina, o porque en ese momento salen de una casa, comienzan a aparecer las figuras extrañas de numerosos hombres que visten túnicas de nazareno hechas de telas estampadas, cuando no de retales, que lucen los más variados y vivos colores y dibujos, y ocultan el rostro con caperuzas o el faldón de los capirotos de la misma guisa, mientras golpean de manera acompasada o aporrean con frenesí los tambores que llevan colgados en bandolera.

Cuando se llega a la plaza o se pasa a la Calle Mayor, la *Carrera*, donde los nazarenos se han multiplicado hasta alcanzar una cifra difícil de calcular, mientras van y vienen solos o en grupos, deteniéndose en la puerta de los bares para hacer algún alarde del dominio que tienen de los *palillos* ante su concurrencia, o, incluso, pasando a su interior, el ruido llega a hacerse ensordecedor hasta conseguir que el aire vibre de modo que llega a producir una sensación extraña...

Es el día mayor de la Semana Santa de Moratalla, día de fiesta que da comienzo cuando amanece la mañana en el lejano horizonte, cuando se *rompe el fuego*, y los

---

(1) Moratalla es un pueblo de más de 9000 habitantes situado en un altozano coronado por un castillo medieval con una airosa torre homenaje y un caserío escalonado, que a su vez aparece rodeado por los montes de Moratalla en los que se encuentran cimas superiores a los 2000 m, y por los que se une a las tierras manchegas. Al mediodía se abre la fértil vega.



tamboristas salen a las calles marcando el redoble que colma el ruido tosco y áspero que poco a poco ira ganando en intensidad hasta hacerse atronador, aunque no falte el anticipo, en la *ultima noche*, en que los miembros de las distintas peñas en que se agrupan los moratalleros se han reunido en los diferentes locales, por lo general los reservados de los bares, *el santuario*, para celebrar en hermandad una cenar copiosa, mientras se levantan las voces y risotadas, y en las que aparece una vez tras otra el espontáneo de turno que salta para hacer *un sólo* repiqueteando a conciencia la tensa piel del tambor en demostración de una impaciencia, mientras es jaleado con entusiasmo por los demás, o mandado callar porque todavía no se debe tocar, o se procede a tensar con sumo cuidado el parche de piel dándole con cuidado los últimos *apretones* al tensar los cordeles o medir las últimas vueltas a las mariposas para así llegar a conseguir su máxima tirantez, y ya, tras las copas de rigor, cumplir con el ritual que hace, una vez dadas las doce horas, que pasen a vestir las túnicas y capirotos y queden dispuestos para cuando se diga de echarse a la calle.

Así comienza la fiesta del tambor en este pueblo de la serranía murciana que, con el correr de los tiempos, y por incidir en ella una larga serie de circunstancias, ha pasado a ser el ritual por excelencia con el que se ha identificado el moratallero, junto al de correr los toros en los primeros días del verano, y de tal manera lo es, que, cuando se les pregunta por su significado, a lo que difícilmente pueden contestar, o, quizás mejor, por lo que significa para ellos, no dudan en aceptarlo como un símbolo propio de su herencia cultural que les lleva a decir que en verdad es “lo que les hace sentirse del pueblo”, para, por lo general, añadir, al dejarse llevar de una exaltación que en ningún momento tratan de paliar y menos de ocultar, que la labor de tocar el tambor es “para ellos los más importante del mundo”, lo que conduce directamente a que podamos percibir en este ritual los componentes sustanciales que lo perfilan como es el hecho de que todos los que en él participan, bien de manera activa tocando el tambor, que es “una música que sabe a cielo”, o de forma pasiva, durante horas y horas, contemplándolo fascinado desde las ventanas o curioseando en las calles y plazas por las que evolucionan los tamboristas, y junto a ello el estado de contenida emoción que trasciende lo meramente circunstancial para pasar a ser una fuerza de cohesión de los miembros que componen esta comunidad al saber que participan de algo que es como un secreto guardado que conocen y les pertenece.

## II

Pero la fiesta del tambor de Moratalla que, como veremos más adelante, ha guardado una larga serie de peculiaridades, debe ser comprendida dentro del cuerpo que forma con otras muchas con que tiene grandes semejanzas en cuanto a lo que debemos comprender como su caracterización folklórica y, también, porque curiosamente así ha llegado a serlo, podríamos decir por extensión, como manifestación propia de la religiosidad popular, pues es en este amorfo, esquivo y polivalente cuerpo en el que ha terminado siendo incluida, como veremos, y aunque sea algo que comenzó por unas iniciativas bien alejadas, y hasta opuestas, a ella, y que actualmente encontramos que se celebran con profusión en tierras del Bajo Aragón, manchegas y en otro pueblo murciano, y por ello, como estas, igualmente, plantean una larga





serie de interrogantes que están relacionados tanto con su origen como con las evoluciones particulares que han continuado, y en las que sobresale el primero de ellos, que, como tal, a su vez, ha sido fuente de un copioso número de respuestas que, dentro de una generalización que creemos válida, podemos comprender en dos apartados: uno, que pretende argumentarlo sobre los cauces propiamente religiosos, y otro que lo admite en función de los de la protesta social y aun antirreligiosa que, sobre todo en la segunda parte del siglo XIX, corrió por España de manera profusa..

El primer historiador que se sintió preocupado por esta cuestión que, a su vez, sobre ella misma se presentaba como un curioso enigma creado por la falta de memoria, fue E. J. Taboada cuando se ocupó de la Semana Santa de Alcañiz en su libro *Mesa revuelta* y discurre teniendo en cuenta las dos posibilidades a que hemos hecho alusión en líneas anteriores, aunque la segunda aparezca de manera casi huidiza. Así, este autor nos dice que el origen de los toques de tambor con ánimo de hacer ruido se debe a la propuesta que fray Mateo Pestel hizo para introducirlos en una procesión que creó en 1678 con el nombre de *El Pregón* pues el fin de ella era publicar la muerte de Jesús, para lo que se basó en la referencia que de ella dejó un tal J. Oliver en el libro de la Cofradía del Santo Entierro de aquella localidad y que le llegó por una copia que se había hecho en 1862, y en la que se apuntaba que junto al sacerdote que la presidía salían tres personas de las que una tocaba una trompeta o sordina, otra punteaba continuamente las cajas, y una tercera que batía tres campanas, para añadir poco más adelante que dicha presencia de instrumentos en el desfile pasional debió de continuar hasta el siglo XVIII en que dicha música pasó a hacerse en representación de los trastornos que sufrió la naturaleza, como los terremotos, y truenos y relámpagos que siguieron a la muerte de Jesús, para lo que dispusieron que fuesen tras los sacerdotes y mayordomos *seis nazarenos con doblera*, aunque poco después, por mayor comodidad, se cambiaron por tambores destemplados, para añadir por último que poco a poco debieron de aumentar estos instrumentos, lo que le llevó a decir con gran liberalidad y a modo de conclusión que “es casi seguro que desde 1730 tomó carta de naturaleza de costumbre en la forma que se conoce hoy” (Taboada, 1898, 41 y ss).

La idea de presentar las tradiciones locales como patrimonio que tiene una iniciación en tiempos remotos, lo que siempre se ha visto como un reconocimiento de calidad que legitima, también estuvo presente en todo lo referente a la presencia del tambor en los pueblos del Bajo Aragón y de otras regiones y, así, de modo semejante a Alcañiz, encontramos que dicha antigüedad fue reconocida en la vecina Hija, donde en el siglo XVI, antes de 1517, los días de Jueves y Viernes Santo ya se acudía al paraje del Cabezo de la Cruz en procesión haciendo sonar toda clase de calderos, tambores, y enseres con los que se podía armar ruido, por ser *signos cristianos*, y ello fue hecho en conformidad con lo dispuesto por la orden franciscana que así lo resolvió tan pronto se estableció en el convento que el duque de Hija levantó en dicho pueblo para esta Orden, y todo ello era hecho, según se formuló, para secundar lo que decían los evangelistas san Mateo (XXVII, 50-52) y san Lucas (XXIII, 44-45), (Laborda, Teruel, 1980, 25 y ss)

En otros lugares, como en Calanda, no faltaron tradiciones legendarias como un relato que se remonta a 1127 y que se conoce con el nombre de *Teoría de los*



*Castilletes*. Por él sabemos que en los días de Semana Santa, cuando los vecinos de este pueblo estaban celebrando los oficios religiosos propios de dicho tiempo litúrgico, un pastor, tocando el tambor, pudo avisar a otro pastor que pasó a su vez la llamada de socorro a un tercero por el que anunciaba que se aproximaba un cuerpo de ejército moro con intención de tomarlo al asalto, lo que hizo que se pudiera organizar su defensa, y ya, en años sucesivos, en acción de gracias, los pastores calandinos pasaron a tocar el tambor en dichos días, aunque esta piadosa costumbre fue prohibida en 1550 por fray Pedro Merlo, de la Orden de Calatrava, que la consideró impropia de los misterios que se conmemoraban en dichas fechas, aunque, por otro lado, se sabe que en 1640 los tambores volvieron a sonar para agradecer a la Virgen del Pilar el milagro obrado en su vecino Miguel Juan Pellicer cuando le restituyó una pierna que le había sido cercenada por la rueda de un carro,... (Segura, 1987, 10). En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX el párroco Mosén Vicente Allanegui de la iglesia de Calanda avivó la tradición dotándola de un sentido cristiano para lo que recordó una vez más el símbolo que era el toque del tambor al referirse al duelo de la naturaleza por la muerte de Jesús, y dispuso que los penitentes participasen en las procesiones tocando el tambor (Segura, 1987, 10).

En la villa de Hellín (Albacete) (2), que en etapa histórica anterior a la división de provincias hecha por Javier de Burgos, perteneció al Reino de Murcia, otra leyenda recogida por Mariano Torres y fijada con puntualidad en 1332 nos refiere un caso semejante al que hemos visto en Calanda pues en ella aparece otro pastor que pudo avisar a sus vecinos de la misma amenaza batiendo su tambor (González Blanco, 1987, 555 y ss.). Y algo semejante sucede en Tobarra, pueblo distante de Hellín unos diez kilómetros, donde tampoco falta el erudito correspondiente, como es J.M. Hurtado Ríos, que asegura que la presencia del tambor en ella se debe a la repoblación de aragoneses que se hizo en el siglo XIII pues aportaron consigo dicha costumbre (Hurtado, 1981, 19 y ss.).

Frente a todo esto, debemos contemplar las hipótesis defendidas por algunos historiadores que retrotraen el inicio del toque de tambor en buena parte de estos pueblos a los días del siglo XIX, etapa en que hace su aparición en España, de manera manifiesta, el anticlericalismo. Frente a una España modelada por siglos sobre el encauzamiento en que la doctrina de la religión católica y la línea política seguida por el Estado monárquico, salvo en contados momentos de forcejeos más o menos destemplados, y más en apariencia que en el fondo, se habían confundido de manera inequívoca hasta el punto de que hay que considerarlos formando un sólo cuerpo, y a pesar de que la guerra de Independencia con que se había abierto el siglo y que había sido comprendida y admitida en buena parte como una cruzada religiosa, con lo que ello vino a significar frente a la etapa anterior, la Ilustración, que pasó a ser vista por los partidarios del absolutismo como una etapa que evidenciaba a dónde conducía el uso dominante de la razón, una aportación extranjera, frente a la fe, y los

(2) Ver (Losada Azorín.A.A. y Vara Gallego. C., 1990, 32 y ss), también de estos mismos autores. (B. Lodosa Azorín y Vara Gallego. C., 1990,105 y ss). De Losada Azorín A.A. 1990, pp. 80 y ss.).



consiguientes peligros que ello representaba (Herrero, 1973, 373 y ss.), tras el final de la primera guerra carlista y consiguiente consolidación de las ideas liberales, se dio inicio a una nueva etapa en que, tanto sobre alegatos políticos, escritos de intelectuales y comportamientos desafiantes de las masas populares, que aumentaron tras la revolución del 68, la religión, sobre todo entendida como práctica ritual unida a determinados comportamientos sociales, y junto a ella la figura representativa de los curas y frailes, pasó a sufrir una fuerte crítica y en determinados momentos hasta persecución, aunque, por otro lado, de manera fluida todo ello quedó fijado en una permanente acción de burla que pretendía ridiculizarla (Caro Baroja, 1980, 177 y ss.).

En numerosas ciudades y, sobre todo, pueblos, las prácticas religiosas pasaron a sufrir mil escarnios y sarcasmos que se multiplicaban de manera abierta en determinadas épocas del año, como eran los días del carnaval, o en fechas señaladas como podían ser las populares *charivari* o cencerradas, —en las que los cencerros marcaban el contrapunto de las campanas de las iglesias—, cuando los solteros perseguían a los contrayentes en las bodas de los viudos con ruidos de estos instrumentos y de calderos, latas, cuernos, sartenes viejas, y en las que no solían faltar detalles de significado religioso como llevar muñecos bajo palio ante los que se aireaban incensarios malolientes (Caro Baroja, 1980, 191). Y es aquí, en estas situaciones festivas y burlescas, en las que el ruido es uno de sus elementos esenciales, pues como encontramos en sus representaciones plásticas nunca falta, como en la ilustración de *Le roman de Fauvel*, o en el cuadro de P. Breughel *El combate de Carnaval y Cuaresma* del Kunsthistorisches Musuem de Viena en el que vemos al séquito de don Carnal tocando diferentes instrumentos, o en el grabado del mismo autor titulado *Asamblea de locos* en el que aparecen varios de ellos sobre una plataforma batiendo tambores y haciendo sonar otros instrumentos. En España no faltan referencias de comitivas de mascarar y mozos disfrazados en que el tambor, con su redoble, marca la presencia de la fiesta como en Madrilejos (Toledo) cuando a finales del siglo XVIII, y en noviembre, tal como nos dice Antonio Ponz, salía por sus calles una cuadrilla pidiendo para las ánimas y vistiendo “xaquetillas o capitillos manchegos de manga perdida, armados de alabardas, en cuyas puntas cuelgan o clavan lo que recogen de limosna, como pies de puerco, tocino, racimos de uva, granadas, pimientos, etc., que reducen a dinero (...) Otros iban con coletos y bandas de seda haciendo de Gefes, pues se conocía que representaban Soldados, Sargentos, Capitanes, etc. Les acompañaba un tambor, diestramente tocado repiqueteado. A esta cuadrilla de mozos seguían otros engolillados” (Ponz, 1988, 327), y en otros muchos lugares.

Por otro lado debemos tener en cuenta la práctica propiamente eclesial de hacer ruido como señal en los días de la Semana Santa (Villanueva, 1801, 155) (3), pues los jóvenes, durante los oficios, hacían ruidos estridentes con matracas y carracas

(3) (Villanueva, J. L. 1801, 155) En los oficios del Jueves Santo, tras apagar seis velas del candelabro y esconder la séptima bajo el altar, tras decir la oración *Respice, quaesumus etc.*, “se hace ruido: luego se saca la vela encendida que estaba debajo del altar, y se levantan todos y se van guardando silencio”.



para sustituir los toques de las campanillas que debían permanecer en silencio, aunque, por extensión, no faltó tampoco su sentido en las burlas, como nos dice Cobarrubias al tratar de este instrumento (Cobarrubias, 1977, 794), así como otros más propios del Sábado de Gloria cuando se hacían sonar cajas de lata, o del Domingo de Piñata cuando se quebraban cántaros o pucheros colgados del techo con golpes ciegos de palos o bamboleándolos hasta que daban con el muro y se rompían dejando caer lo que guardaba (4).

Que muchos de estos elementos, ya fuesen religiosos o carnavalescos, o sencillamente de escarnio, se amoldaron al toque bronco del tambor en determinados momentos de la Semana Santa como protesta y burla del recogimiento y silencio que durante siglos pareció en España como apropiado a estas fechas tan señaladas, no cabe duda, y como tal lo reconoció E. J. Taboada Cabañero al referirse a la Semana Santa de Alcañiz, a pesar de que procuró paliarlo en lo posible, cuando nos dice en su libro aparecido en 1898 que “por la noche, entre diez y once, la gente de buen humor se prepara para dar nuevo concierto y organiza una cencerrada con tambores, latas, carracas y sonajeros de índole parecida; todo por el gusto de no respetar el bando de buen gobierno que prohíbe esos desahogos. Los curiosos se lanzan a la calle con el fin de presenciar escenas poco edificantes en la noche de más regocijo para los católicos, donde se falta a los delegados de la autoridad y éstos no tienen gran respeto a las galanterías constitucionales, y todo resulta broma. Incidentes cómicos entretienen al público hasta el amanecer; tocadas las cuatro, en pocos minutos se echan a la calle igual o mayor número de tamborileros, pero si cabe con más entusiasmo que el día anterior” (Taboada, Zaragoza, 1898, 42).

Sin duda alguna, la presencia de tamboristas en los días de Semana Santa en los pueblos españoles en que pervive esta costumbre está íntimamente relacionada por la serie de vicisitudes por las que pasó el choque frontal que se vino produciendo desde mediados del siglo XIX entre los católicos, en los que quedaba representada la oligarquía local, y los que obraban de manera abierta frente a ellos: los primeros se inclinaron por manifestarse fielmente observantes de la máxima circunspección y seriedad en todo lo tocante a la celebración de los ritos eclesiales de esos días y, junto a ello del cumplimiento riguroso del silencio en la vida ciudadana, lo que al ser llevado a extremos últimos, se hizo de él una especie de emblema representativo del orden dominante, así como no permitir en esos días que hubiese circulación por las vías públicas de vehículos como carrozas, carros, calesas,...lo que iba unido a que se observase la debida compostura y cuidado para que no apareciesen voces destempladas ni ninguna clase de estridencias y ruidos. Todo ello se hizo patente en las Normas de Buen Gobierno que se dictaron en casi los municipios españoles, lo que en más de una ocasión condujo a que se viese por una amplia parte de la ciudadanía como una

(4) En el domingo siguiente al Carnaval, llamado de Piñata, del italiano *pignatta* u olla, en muchas regiones españolas, y principalmente en Andalucía, se colgaba un puchero del techo y se procuraba romper descargando golpes ciegos por los participantes que llevaban los ojos tapados, lo que una vez que se conseguía daba lugar a conocer la sorpresa, que iba desde contener agua con inmundicias a caramelos y otros regalos.



especie de imposición, lo que a su vez conllevó que se respondiese con demostraciones de toda clase de bullicios, tiberios y alborotos entre las que las tamboradas fueron una más de dichas manifestaciones.

Juan González Castaño, al ocuparse de la Semana Santa de Mula, ha apuntado con certeza que la costumbre de tocar el tambor durante la Semana Santa, como fecha más remota para su origen, no pasa de los años cuarenta o cincuenta del siglo XIX, momento en que se hacen patentes las primeras prohibiciones de que tenemos noticias, pues *en las procesiones –se dice en las Ordenanzas del año 1859– se guardará por los concurrentes el orden y compostura debidos, y en todo caso se prohíbe andar por las calles con tambores* (González Castaño.1994, 10).

Pero como es natural no se debió de guardar con el celo debido lo así dispuesto lo que condujo a que, ante semejante escándalo, unos se rasgaran las vestiduras y otros vieran en ello la ocasión de campar por sus respetos dentro de una presumida libertad. Y así perduró en Mula, hasta entrado el siglo XX, este enfrentamiento palmario y patente, donde todo lo relativo al toque del tambor en Semana Santa fue transcurriendo entre prohibiciones y una permisividad más o menos condicionada e interesada a unos intereses políticos ya que en último extremo todo ello estaba relacionado con los representantes de los partidos políticos que se turnaban en el gobierno del municipio, la conservadora de Juan de la Cierva y Peñafiel y la republicana de Rodrigo Soriano (González Castaño, 1994, 10).

### • III

Sin embargo, en Moratalla, el toque del tambor durante la Semana Santa, aun estando íntimamente relacionado con lo apuntado para Mula en cuanto respecta al bullicio y protesta popular enfrentados al orden y silencio impuestos por los católicos a ultranza, tiene algunas peculiaridades que lo particularizan como es el hecho de aparecer de manera declarada como una carnavalada. Así, frente a la imagen del nazareno con su túnica de un color que guarda una dependencia simbólica con las características definidoras de la cofradía a que pertenece, el tamborista de Moratalla que durante esos días marcha de bar en bar y por la plaza y calles que forman la *carrera* sin dejar de tocar el tambor, y en muchas ocasiones de aporrearlo con saña, viste una túnica a modo de bata al estar abotonada de alto en bajo por su delantera, así como llevar un capirote, que es de los más diversos y chillones colores, lo que hace que a todas luces, a diferencia de las de Mula, que son negras, con su presencia no se pierda nunca el tono de burla y disparate.

Cuando he pretendido saber del origen de los *tambores* en Moratalla preguntando a personas que pasan por conocedores de las cosas y peculiaridades de este lugar, me he tropezado casi siempre, con una actitud que apunta al reconocimiento de una ignorancia cuando no a una cerrada negativa que lleva a reconocer el carácter carnavalesco que hemos apuntado pues aunque, por otro lado, no se atreven a llegar a decir que es un ritual religioso, no por eso dejan de reconocer que tampoco es tenido como algo ajeno a ello, lo que les sitúa en una difícil encrucijada. Sin duda alguna, este problema estaría aclarado de manera suficiente si contásemos con la





documentación correspondiente a su archivo municipal, como sucede en Mula, pero desafortunadamente, cuanto guardaba desapareció bajo las llamas tenidas por purificadoras durante la última guerra civil.

Hace años se publicó un libro que lleva por título *El tambor en la Semana Santa de Moratalla* en que se recogen diversos artículos referidos a este tema y en el que, como es usual en todo lo tocante a los orígenes de la mayor parte de las fiestas, tras un primer trabajo que nos habla de los *orígenes del tambor* y el papel que ha jugado desde la antigüedad, sobre todo en los ejércitos, se pasa a otro que trata de la primera presencia del tambor en Moratalla para lo que su autor recurre al testimonio de los más viejos del lugar que comparan por su arcaísmo con la de los olivos de sus campos, lo que dice en un principio muy poco, aunque algo más en cuanto a su afán mitificador, y, por extensión, se une a lo afirmado por algún historiador de otros lugares, como lo dicho por José María Hurtado Ríos para Tobarra, como hemos apuntado cuando lo hace extensivo a Moratalla, así como a la posibilidad de haber sido introducido por los padres franciscanos que llegaron a Moratalla durante el siglo XVI, lo que le hace afirmar que “no hay que descartar la posibilidad de que la liturgia del conocido *Oficio de tinieblas* franciscano, en un momento dado, saliese del templo a la calle en forma de manifestación tamboril” (Ludeña, 1987, 36). Más fundamento nos parece que conlleva la noticia que aporta este autor de la existencia de maestros artesanos del tambor en la segunda mitad del siglo XIX, lo que presumiblemente nos conduce directamente a un tiempo semejante al visto para la vecina Mula, y que se puede hacer extensivo en este punto también para otros lugares de la Mancha o del Bajo Aragón.

Tratando de llegar a saber el origen de estas disparatadas túnicas no han faltado comunicantes que, tras rogar que no digamos sus nombres, para así evitar incomodidades, me han dicho que en Moratalla el tambor hizo su presencia en los carnavales del siglo pasado, dentro de lo que podemos comprender en las relaciones del ruido con la fiesta (5), lo que conllevó numerosas prohibiciones y persecuciones con los consiguientes disgustos, que se solventaron, para evitar estos estorbos e impedimentos, pasándose el carnaval, con toda su destemplanza, a hacerlo en tiempo sagrado vistiendo de nazareno, con lo que consiguieron que no fuese prohibido en un primer momento, aunque ya sabemos de qué guisa lo hicieron, lo que a su vez, como es natural, para atajarlo por lo sano, no faltaron posteriormente nuevas interdicciones que por lo visto no consiguieron mucho.

¿Es posible esto? nos preguntamos, y ante ello la única respuesta que podemos responder es que sí, pues aparte de las túnicas o batas de remiendos y colorines, prendas que verdaderamente están incursas en la mejor tradición de la mascarada, y ya dentro de la tradición de lo que ha sido el carnaval en España, hasta la tarde de unos de los días de Semana Santa pasó a llevar el sobrenombre de *la asnería*, como es la del Viernes Santo.

---

(5) Sobre la presencia del ruido en la fiesta, aunque sólo se refiere al producido por la explosión de la pólvora, ver (González Alcantud, J. A. 1993, 13 y ss.)



Según parece, a comienzos del siglo los tambores se recogían a la hora del inicio de la tarde de dicho día, lo que daba lugar a que las calles que formaban la Carrera pasasen a verse pobladas de unos nazarenos que continuaban tocando sus tambores, aunque ahora de ellos colgaban ristras de longaniza o frutas, cuando no botas de vino, y que se confundían con otros que vestían caretas y se disfrazaban de las más diversas maneras, como era la de muchos hombres de mujeres, y hasta de novias con careta y traje blanco apropiados para el caso aunque dejaban ver unas piernas peludas y musculosas bien propias de un recio bracero, y como es propio de carnaval no faltaron tampoco otros que lo hacían de frailes y monjas,... En aquella tarde valía todo, todo lo disparatado y absurdo, todo lo extravagante y lo increíble. En nuestros días, nos dicen con nostalgia, la *tarde de la asnería*, –una tarde “que es incomprendida por los que no son de Moratalla”,– ha decaído mucho ya que a penas es poco más que un recuerdo de lo que fue: “si los viejos volviesen no la conocerían”, concluyen, y con ello no es difícil admitir que a ello ha llegado también la decadencia.

Por otro lado debemos tratar de ver hacia lo que han evolucionado estos días de tamborada en Moratalla hasta convertirse en un ritual sostenido en su iteración. Durante los días de Jueves y Viernes Santo cientos de tamboristas de ambos sexos concurren por sus calles principales levantando un fragor y estruendo ensordecedor, o se detienen y entran en los bares que las jalonan, y en los que el ruido se multiplica. Un ruido macizo lo envuelve todo y en él discurre de modo dominante el retumbo del redoble repicado que se ve contrapunteado por los golpes poderosos de otros descargados con fuerza.

Y con ello hay que preguntarse si en todo ello queda algo de aquel inicio de protesta popular plenamente decimonónica, o, también, de la piadosa versión que nos dice que aquel estruendo es debido a una acción de mimetismo por el que se emula al dolor de la naturaleza por la muerte de Jesús. Creo que poco o nada hay de ello, pues sólo resta el rito por el rito que lleva a los que participan de él a concurrir en un acto diferenciador que a su vez es de afirmación de ellos mismos como miembros pertenecientes a una sociedad bien definida, la de Moratalla y su campo, y con ello, tras horas y horas de un ruido vibrante y opresivo, los que asisten a él, tanto por parte de los tamboristas como por los que se limitan a ser espectadores, entran en un estado de alienación que disponen su conciencia frente a cuanto los rodea en un completo aislamiento y abandono al quedar completamente cerrados en sí mismos, incomunicados con lo que les rodea, y a los que en muchos casos hay que añadir el efecto consiguiente que conlleva la ingestión de bebidas alcohólicas.

El rito, una vez más el rito, como tal rito, ha impuesto sus condiciones de pervivencia sobre la iteración. Su origen ha quedado perdido en un ayer más o menos indeterminado, hasta llegar a un hoy, en que año tras año, se rehace en sí mismo, en su repetición encadenada. En otros lugares, como en varios pueblos del Bajo Aragón, el tambor, en un momento propicio, fue asimilado a las manifestaciones religiosas e integrado en sus procesiones donde aparecen como el útil que portan los penitentes, pero en Moratalla, la tamborada ha quedado a su suerte, formando parte de la fiesta, con su principio y fin, un fin que queda delimitado al inicio del desfile procesional. En una sociedad ordenada, como es la de Moratalla a finales del siglo XX, cada manifestación tiene su tiempo.



## FINAL

El tambor en Moratalla es, como en Mula, en Alcañiz, en Hajar, en Calanda, en Hellín,... sin duda, la respuesta encontrada en un momento determinado del pasado español a tanta prevención y prohibición, y con ello ha llegado a ser lo que es, parte consustancial de la manera de ser de los hombres que lo pueblan, y por ello, así mismo debemos comprenderlo en lo que representa para el hombre de esta villa el monumento que al nazareno se ha levantado en su honor en la principal explanada. Sin duda alguna su tamborada nació desde la rebeldía popular como una respuesta destemplada y posible a tanto mandato, a tanta carga, a tanta compulsión, a tanta violencia, a tanta obligación y acatamiento,... ya fuesen provenientes del poder religioso o del poder civil, y para ello no encontraron mejor modo de hacerlo que disfrazándose de nazareno, esa imagen tremenda de la penitencia y de la humildad bien propia de los siglos barrocos, aunque junto a ella no faltase otra más llevadera y menos recatada, que conocemos por los autores clásicos y que poblaron las calles de las ciudades españolas con disparates, repartiendo caramelos, lanzando algún piropo a alguna guapa moza que respondió riendo y dejando caer miradas medio tapadas, y gastando bromas desde el anonimato, lo que les valió también en más de una ocasión ser amonestados y hasta perseguidos.

Pero hoy el tambor aparece adaptado a los aires de nuestro tiempo, que todo lo asimila y termina vendiéndolo en los grandes almacenes o, si es una fiesta como la de Moratalla, declarándola de *interés turístico*, y como tal también sirve para que todos los años, en una de las localidades españolas en que se toca con frenesí durante los días de Semana Santa, cuando parece el tiempo oportuno, se hagan simposium y reuniones de hermandad de los amante de este instrumento a los que acuden representaciones de todos estos pueblos y en las que se leen ponencias y se dicen discursos por la autoridad competente en los que se afirma con entusiasmo político que el tambor es vínculo que une a los pueblos en su destino, lo que sirve de paso para que por último se celebre una copiosa comida que a su vez da paso a las efusivas despedidas.

Pero, como fiel contrapunto a lo que hemos expuesto, en Moratalla, en esa tarde de Viernes Santo, cuando llegaba la hora, del templo de la Asunción, o en los últimos años, por estar en obras, desde el convento de Jesús Aparecido, se abren sus puertas y se inicia la procesión del Silencio con la milagrosa imagen del Cristo del Rayo que sigue el itinerario trazado por sus estrechas y tortuosas calles, con las luces apagadas y la oscuridad rota por los velones encendidos que portan los penitentes. La noche se hace silencio porque un pueblo enmudecido, y hasta sobrecogido, así lo quiere; el mismo pueblo que unas horas antes celebraba la *tarde de la asnería*.



**BIBLIOGRAFÍA**

CARO BAROJA, J. *Introducción a una historia del anticlericalismo español*, Madrid, 1980.

CARO BAROJA, J. "El Charivari en España" en *Temas castizos*, Madrid, 1980.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A., "Territorio y ruido en la fiesta", en *Agresión y rito, y otros ensayos de antropología andaluza*, Granada, 1993.

GONZÁLEZ BLANCO, A. y JORDAN MONTES, F. "Los tambores de Semana Santa. El sonido protector de dioses y hombres", en *IV Jornadas de Etnología de Castilla-La Mancha*, Toledo, 1987.

LABORDA, M. *Recuerdos de Higar*, Ed. ARSE,

LODOSAZORÍN, A. A. "Siglo XIX. El nacimiento de la tamborada de Hellín", *Redoble*, 1990.

LOSADA AZORÍN, A.A. y VARA GALLEGO, C. "El nacimiento de la tamborada en Hellín, sus circunstancias históricas", en *Tambor*, nº 2. Hellín, 1990 (A)

LOSADA AZORÍN, A.A. y VARA GALLEGO, C., "El suceso semanatero de 1876", *Redoble*, 1990. (B).

LUDEÑA, J., "El tambor en Moratalla", Moratalla, 1987.

HERRERO, J. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1980.

HURTADO RÍOS, J.M., "Origen del tamborear en la Semana Santa de Tobarra. ¿Historia o leyenda?", en *Revista de Semana Santa de Tobarra*, Tobarra, 1981.

PONZ, A. *Viaje de España*, T. XVI. Carta Primera. Vol. 4 de la edición. Madrid, 1988.

TABOADA, E.J. *Mesa Revuelta*. Zaragoza. 1898.

VILLANUEVA, J.L. *Oficio de la Semana Santa*, Madrid, 1801.

